No nos cabe el cuerpo

Relatos ganadores del Concurso de Cuento Corto Sempere 2023

Narrativa

ESDRÚJULA

No nos cabe el cuerpo

Relatos ganadores del Concurso de Cuento Corto Sempere 2023

Diana Soberanis Mena
Inti Hernández
Diana Puga Pérez
Mateo Peraza
Dan Guerrero Leyva

ESDRÚJULA

Autorxs | Diana Soberanis Mena
Inti Hernández
Diana Puga Pérez
Mateo Peraza
Dan Guerrero Leyva

Edición y gestión | David Loría Araujo

Asistente de corrección | Mariana Antonia Ic Estrella

Diseño | Antonio Bolio Martínez

Fotografía | Silvia Carrillo Jiménez

Esdrújula
Mérida, Yucatán, México
esdrujula.mx@gmail.com
Instagram @esdrujula.mx

Primera edición | Junio 2024

ISBN | 9786076967614

Esta obra está sujeta a la licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).
Los textos e imágenes pertenecen a sus autorxs.

Quien tiene este libro en las manos es libre de compartirlo (copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato) y adaptarlo (remixear, transformar y construir a partir del material) siempre y cuando se realice sin fines comerciales y se dé crédito a lxs autorxs y a la editorial.

SEMPERE
tilde
SEMPERE
PRIMER
CONCURSO DE
CUENTO
CORTO
PREMIO
$7,000
TEMA
LIBRE
FECHA LÍMITE
29/09
2023

LAUDO DEL JURADO

El día 2 de noviembre de 2023, a las 19:00 horas, se reunieron las escritoras Erica Millet, Yeni Rodríguez Valdés y Meryvid Pérez para determinar los cuentos ganadores que conforman esta antología. Después de deliberar sobre los relatos finalistas, resolvieron otorgar el primer lugar al cuento "El estudio", firmado con el seudónimo Heliconia, de Diana Soberanis Mena. Destacaron su estética del absurdo, su trabajo con los indicios para mantener una tensión narrativa, y el perfil antipático pero verosímil de su protagonista y narrador.

1er LUGAR

El estudio

Diana Soberanis Mena

Página 29

2º LUGAR

Sagitaria

Inti Hernández

Página 49

3er LUGAR

Raíces

Diana Puga Pérez

Página 15

4º LUGAR

Electricidad

Mateo Peraza

Página 39

5º LUGAR

Timoclea

Dan Guerrero Leyva

Página 23

Introducción

MICA ROSSI | *(Hernando, Córdoba, Argentina, 1991). Soy librera y lectora en formación constante; y preparo cafés de a ratos. Todo eso en Sempere, espacio que creé junto a Tania Capetillo, y donde también nazco todos los días.*

Llevo conmigo el título de profesora de Educación Física a la par de mis actividades diarias, como una huella a la que siempre volveré.

Será porque leer nos mata que al cerrar un libro renacemos.
[…] El verdadero trabajo de un lector no es mirar el desastre,
sino recomponer sus pedazos.
Final de *Leer mata*, de Luna Miguel.

Al recapitular para contar, las imágenes que conforman un todo en la memoria se pegan entre sí. Despegarlas implica orden para ubicarlas en tiempo y espacio. El tiempo puede ser cronológico, el espacio puede ser muchos lugares.

Despegar esas imágenes implica también cuidarlas. Que no se amontonen entre sí. Difuminar las confusiones. Y, sobre todo, elegir por dónde empezar.

Empiezo a contar este primer concurso y siento que, esta vez, no resulta un gran desafío porque la imagen es concreta: veo la charla de café. Escucho las oraciones iniciales.

«Soplar desde el sur literatura hacia toda la República».

La premisa inicial: ¿qué se está escribiendo en el sureste?

El horizonte inamovible: convocar y promover.

Una idea en marcha a la que le siguieron más reuniones.

Una convocatoria que se hizo pública en redes y empezó a tener voz.

Las imágenes se vuelven amarillas y palpables, y son resultado de las acciones anteriores: una pila de sobres manila que no paraba de crecer sobre un escritorio. Mensajes de texto cotidianos: «hoy nos dejaron cinco», «vino una persona y trajo dos», «en qué momento vamos a leer todo».

Convocar al jurado y sentir su entusiasmo. Esa sensación de sintonía inminente.

199 cuentos recibidos y la seguidilla de encuentros de lectura nocturnos. La preselección, las dudas, los intercambios de opinión y la posterior presentación al jurado.

Esperamos, todxs esperamxs. Convocantes y convocadxs.

La publicación de los resultados en vivo por Instagram no solo nos acercó a quienes habían participado con sus cuentos, sino a todo un grupo virtual expectante.

Retengo esta idea de cercanía. Vuelvo a las imágenes, despego: el encuentro de lectura con lxs 5 autorxs de los cuentos ganadores. Una reunión con café, vernos y escucharlxs. Por primera vez los cuentos salieron en las voces de la autoría; y permanecimos.

***

Quietud, estado aparente. Reposo irreal.

En el trayecto por estos cinco cuentos hay cuerpos —y por tanto historias— donde las escenas transcurren en un estado de

apariencia. Me tomo el atrevimiento de decir *estado de apariencia* porque la transformación y el movimiento son casi inminentes.

Si la propiocepción es esa conexión inconsciente de nuestro cuerpo con el entorno, un mecanismo de información y percepción para mantenernos alerta, entonces retroceder al primer encuentro con una lectura no solo nos ubica en la postura adoptada para leer sino en las sensaciones que en ese momento transcurren.

No solo leemos con el cuerpo, sino que todo lo que percibimos se imprime, se queda y, a fuerza de eco, acompaña la narración y cuanto personaje exista en ella.

Con cada célula recordamos.

¿Qué pasa cuando una lectura nos incomoda? ¿Dónde se gesta el movimiento al reventar de risa por un párrafo desopilante? ¿Con qué reloj contamos las respiraciones tranquilas, agitadas, entrecortadas de un párrafo tenso? ¿Tanto podemos contener?

El centro de gravedad de nuestro cuerpo funciona en la marcha. El equilibrio es controlado por un líquido en el oído. La piel es el órgano más grande y es la membrana al mundo. Parece que todo tiene su lugar. El cuerpo es un lugar en sí.

Ahora, ¿es ese lugar un estado fijo? Si leer es un acto de quietud aparente, ¿todo lo que contiene nuestro cuerpo entra en sí mismo?

***

No nos cabe el cuerpo conforma un espacio de desborde. Cinco historias que estaban destinadas a encontrarse y que forman en su individualidad conjugada un movimiento propio.

Hay movimientos que se crean por una decisión consciente y personal. Como la desfachatez de la transformación de un cuerpo que no cabe en sí mismo.

Otros se revelan por mutaciones involuntarias, como las provocadas por una enfermedad o el mismísimo paso corrosivo del tiempo.

La audacia de hablarle a un espacio que aprisiona, que ahoga, que atrapa. La valentía para sacarse el acoso de encima, para golpear y quitarse de lo profundo el roce más violento.

Recorrer estos relatos será un trayecto por territorios corporales. Territorios en los que las fronteras se disipan o forman ríos de caudales desbordados.

Caudales que se tornan avasalladores y sobrepasan membranas. Donde nada cabe, o cabe todo.

Mérida, junio 2024.

Raíces

DIANA PUGA PÉREZ | *(Mérida, Yucatán, 1997). Soy egresada de la Licenciatura en Lengua y Literatura Modernas. Cursé el Diplomado en Creación Literaria del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura. He impartido talleres de creación literaria para niños y jóvenes en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM.*

Le pertenezco a mi cuerpo y ella me pertenece. Coexistimos. A veces no cabemos la una en la otra y nos desbordamos. Pero siempre, a la hora de dormir, volvemos a ser una misma.

Las raíces de Rodrigo aparecieron en la tarde de su fiesta de cumpleaños treinta y tres. Los invitados llegarían a las siete. Sería una celebración sencilla: tacos, pastel de mantequilla de maní y karaoke, las tres cosas que más le apasionaban.

—¿Qué tienes en el pie? —dije mientras acomodaba los platos en la mesa.

Pequeñas membranas amarillas salían del dedo gordo embadurnado de tierra.

—Hace rato fui a comprar al vivero, quizá se quedaron pegadas.

Decidí no darle importancia a su respuesta y seguí con los preparativos. Todos llegaron puntuales para el festejo, pero Rodrigo no salió de la recámara.

—No me siento bien, Frida. Me quedaré en el cuarto con Nachito —contestó cuando lo llamé. Él y nuestro perro eran inseparables.

Cansados de esperarlo, los invitados se fueron a las diez. Me senté a la mesa, lloré y comí pastel hasta vomitar.

***

En noviembre, me enteré de mi embarazo. Llevábamos tres años intentando. Camino a casa pensé en todas las formas en que podría darle la noticia. Creí que aquello haría salir a Rodrigo de la cama.

—No puede ser —musitó.

Ya lo esperaba. Su terapeuta dijo que los medicamentos podrían volverlo indiferente durante los primeros meses del tratamiento. Le sonreí y me senté a su lado. En la cama había rastros de tierra.

—¿Hoy también fuiste al vivero? —pregunté mirando sus dedos. Esta vez, no me quedaba duda: tenían raíces y salían de su piel, estaban tratando de llegar al suelo, como si intentaran que Rodrigo se quedara ahí.

***

Llegó diciembre. La Navidad siempre había sido mi época favorita. Mis padres, a diferencia de los de Rodrigo, intentaban que todas las fechas fueran especiales. No faltaron los regalos, ni las tardes de chocolate caliente. Él decía, justo como su papá, que todo aquello era un gasto innecesario.

Las últimas semanas Rodrigo salió de la recámara solamente para ir al baño y recordarme que me amaba. Yo había empezado a dudar de su cariño. Él no lo sabía, pero después de cada beso, acostada en los azulejos blancos, lloraba en el baño hasta no poder más.

Con la excusa de pasear a Nachito y ver las luces navideñas, había logrado que Rodrigo se levantara. Dedicamos la penúltima tarde de diciembre a las compras para la cena de Año Nuevo: cerdo, verduras cocidas, frijoles y ensalada de manzana.

—Me gustaría que nuestro hijo se llame Teo —dijo.

—Todavía no sabemos qué será —respondí, mientras metía unas cuantas botellas de Coca-Cola al carrito del súper.

—Nunca te he dejado de amar, ni en los peores momentos —soltó, deteniéndose en el pasillo de los cereales.

No supe qué responder. Lo abracé y lloré. Al mirarlo, vi un par de hojas que salían de su cabello.

Esa noche, al regresar a casa, nos acostamos en la cama y él se durmió de inmediato. Durante la madrugada las hojas se habían multiplicado. El tercer día de enero su piel empezó a quedar más áspera. Al abrazarlo, sus brazos raspaban los míos. Ignoramos lo que sucedía hasta que Rodrigo tuvo que renunciar a su trabajo. Era profesor de biología y su justificación médica ya no cubría otro mes de faltas.

—Necesitamos el dinero, Rodrigo —dije—. Se acerca el día y el cuarto del bebé no está listo.

—No puedo seguir, no me siento bien.

***

En el mes de marzo todo fue más difícil. Las raíces de Rodrigo se volvieron incontrolables, crecían en minutos. Se adherían al piso, a las paredes; más de una vez tropecé con ellas al intentar acercarme.

Las tardes de cine se convirtieron en noches de películas en casa. Dejé de prestarle atención a las historias. Sin notarlo, poco

a poco dejamos de ir a cafés, de caminar por el centro, de hacer reuniones con amigos. Éramos él, yo y sus flores regadas en la cama de nuestra habitación. Despertaba a las cinco para recortar las hojas, pero a los pocos minutos brotaban más. Marzo y Rodrigo florecían al mismo tiempo.

La habitación quedó lista dos meses antes del nacimiento de Teo. Rodrigo pintó las paredes de color verde seco y decoró con imágenes de elefantes de caricatura, con la trompa para arriba; decía que eran de buena suerte. En la puerta puso un letrero de madera con el nombre del niño y en el buró una foto de nosotros. En ella, ambos sonreíamos con orejas de Mickey en nuestra primera visita a Disney.

Abrazados, en esa recámara, imaginamos cómo sería Teo.

—Quizá tenga ojos azules, como los tuyos —dije.

—Quizá se convierta en doctor —respondió, mientras yo le arrancaba una hoja del brazo.

—O en artista.

***

El primer día del verano Rodrigo amaneció convertido en árbol. Grande, con flores rosa pálido y pequeños frutos verdes. Lo observé detenidamente; sus ojos eran de madera. Me acosté a su lado y estuve toda la tarde con él.

El mes de agosto, Rodrigo soltó sus primeras manzanas y llegó nuestro hijo. El día del parto escuché a mi madre decir al teléfono: "La abandonó". Cuando llegué a casa me dirigí al manzano y acosté a Teo junto a su tronco. Las hojas se movieron y una flor cayó a mi lado. Al cargar a Teo para entrar a casa, pude notar que entre sus pequeños dedos habían empezado a crecer unas raíces.

Timoclea

DAN GUERRERO LEYVA | *(Ciudad de México, 1999). Soy licenciada en Lengua y Literatura Modernas. Tengo formación en investigación académica e historia del arte, y tanto en mi acercamiento a estos campos como en mi escritura se refleja mi interés por la perspectiva de género.*

El cuerpo, como muchas de las cosas que nos hacen humanos, está formado por contradicciones. Puede darse o arrebatarse y las fronteras entre dolor y placer se confunden. Es frágil y se lastima con facilidad, pero también funciona con fuerza y agilidad hasta en los mínimos movimientos. Protege, limita y daña, y aunque es nuestro, por momentos existimos como si le perteneciera a alguien más.

Te conocí cuando tenía doce años. Te presentaste mientras yo corría en la pista grafiteada del parque, con una sonrisa encantadora que mostraba todos tus dientes y un cronómetro en la mano. Me dijiste que me habías estado observando. *Déjame entrenarte*, rogaste, con la misma dulzura de la miel que atrae a las moscas. Supiste exactamente qué decir para convencerme, qué palabras seductoras usar: "Eres especial. Tienes el potencial de una bomba a punto de explotar". Mi pecho se infló de orgullo y me puse tan contenta que terminé con el rostro rojo y caliente.

Empezamos lento, con carreras cortas, calentamientos inocentes. Aprendí a llegar cada vez más lejos, a respirar con la boca cerrada, a morderme el cachete cuando el esfuerzo se volvía insoportable. Tú pasaste de ser un extraño a ser el eje de mi vida. Mi madre me confió a ti con facilidad; se dejó llevar por la esperanza de un futuro que solo podría obtener contigo. Pasé de ser una niña a una criatura hecha a la medida para ti, condicionada a tus órdenes y a tus cumplidos. Desde ese día tu voz se volvió mi ley. Tus halagos me revolvían el estómago en algo que no supe distinguir si era asco o éxtasis. Repudiar y necesitar se volvieron la misma cosa.

Lo que pasa es que tú supiste desde el principio que cuando corro nada más existe. Mi visión se torna borrosa y solo soy consciente del fuego en mis muslos. Inhala. Exhala. Soy movimiento y fuerza. Inercia pura. El un-dos de los tenis contra el tartán. El tiempo se hace chicle y cada milisegundo es más largo que el anterior. Todo quema y escucho tus gritos como si estuviera

dentro de una pecera. *Vamos, vamos, tú puedes*. Es ahí cuando olvido por qué te odio. Te amo porque amo el viento contra mi cabello. Te amo porque amo el picor de la adrenalina bajo mi piel sudada. Los aplausos, los premios, la euforia de escuchar mi nombre una y otra vez. En un mundo turbio todo es hermoso.

Pero a veces es demasiado. Quiero parar, abandonarlo todo. Mis músculos se tensan bajo tu tacto y mi cuerpo deja de ser mío para volverse tuyo y del dolor. *Ya llegaste tan lejos*, me dices, con todo tu peso encima de mí. *No te detengas, solo un poco más*, y me doblas las piernas hacia el pecho. Hay que ser muy flexible para estas cosas. En esos momentos mi único lenguaje es el de la fuerza de voluntad y las lágrimas contenidas. Inhala. Exhala. Condición física puesta a prueba. Estoy bien entrenada para aguantar. Me concentro en sentir el sudor que corre por mi espalda y me imagino en la pista, volando como solo yo sé hacer.

A los veinte años conozco por fin lo que es el cansancio. Se me presenta después de una de nuestras sesiones en el centro deportivo. Ya todos se han ido a casa menos nosotros. Hay equipo regado por todas partes y la piscina está vacía. En el gimnasio, aprietas mi hombro como si fueras un padre cariñoso y protector. Veo nuestro reflejo en las paredes de vidrio, tus dedos largos, gruesos y crueles. Tu mirada de comandante que ha asediado y conquistado, y que ya no duda de su victoria. Ese roce contiene todos los roces, todas las veces que me has tocado. En mi estómago

despierta algo primitivo y mi corazón salta: el mismo instinto de cuando escucho la bala que anuncia la carrera. Me enseñaste que un segundo hace la diferencia y, ya que estamos a la intemperie, eso es todo lo que tardo en girar y empujarte con furia hasta el fondo de la piscina.

El golpe es seco. Cuando me asomo, tú te sacudes cual escarabajo panza arriba. Mis entrañas se retuercen cuando noto que sigues vivo, tus jadeos entrecortados me asquean y casi vomito al recordar cómo se sienten contra mi nuca. Te odio, te odio, te odio. Mi cuerpo es solo mío cuando tomo la primera mancuerna y la dejo caer sobre tu cuerpo roto. En mi mente retumban tus gritos. *No pares, corre con todas tus fuerzas*. Ahora también gritas, pero me pides lo imposible. Ruegas que pare mientras aviento una segunda mancuerna sobre una de tus manos. Todo truena y cruje, los dedos se hacen pulpa y yo tiemblo de alivio. Mis pulmones se sienten más vivos que nunca, y mi alarido de bestia libre se une a tus chillidos de bestia herida. La tercera mancuerna es la que destroza tu cabeza. Apenas y puedo distinguir tus sesos esparcidos en la baldosa. Desde aquí te ves tan pequeño, tan fácil de dejar atrás.

Mis pies se mueven por sí mismos. Corro sin pensar, escapo del olor a sangre y a orina. Por primera vez te creo: no tengo límites, puedo llegar tan lejos como quiera. Amo el viento contra mi cabello. Amo el picor de la adrenalina bajo mi piel sudada. No pararé jamás.

El estudio

DIANA SOBERANIS MENA | *(Mérida, Yucatán, 1997). Estudié una licenciatura en Literatura Latinoamericana y amo con locura escribir. Juntas, mis palabras y yo hemos llegado a las páginas de diversas revistas tanto de México como de otras naciones. En 2023, gané el primer lugar en el Premio Peninsular de Cuento MujerEs, y en 2023, la Universidad de Guanajuato otorgó una mención honorífica a una narración que escribí en memoria de mi madre.*

Mi cuerpo es una jaula con memoria de la que a veces me escapo, y otras, nos hacemos una misma con el tiempo.

Creo que nunca les he contado que nuestra relación fue tensa desde el inicio. Lo despreciaba y él a mí también: era evidente en su tonalidad gris, la habitual peste a drenaje y la ausencia de frescura en su constitución. Yo tampoco hacía mucho por gestionar sus dolencias: no retocaba su pintura, no reparaba el foco del baño ni la puerta quebrada... Sin embargo, nunca creí que llegaríamos a tal extremo del rencor. Las horas extra en el trabajo, casi siempre sin pago adicional, se hicieron habituales. Cualquier eventualidad forzada, todo pretexto inaudito, era ideal para evitarnos.

Al principio lo acepté, resignado, pero con atisbos de esperanza. Lo mejor fue que no me costaba más del cincuenta por ciento de mis ingresos. Yo diría que máximo el treinta y cinco. A veces me consolaba suponiendo que era divertido tener a escasos centímetros de la cama el refrigerador y el lavabo; casi como lo onírico del sueño, donde coexisten tiburones con gatos y polillas. A fin de cuentas, ¿qué más podía pedir un tipo como yo? Veintitantos, sueldo por arriba del mínimo y una salidita de vez en cuando para chelear.

Lástima que el proyecto turístico del gobierno se fundaba en mi colonia; y que mi casero no creía en el derecho de antigüedad. Por eso llegó por ahí de enero a decirme que ahora iban a ser mil pesos más: ustedes dirán, qué llorón por sobrestimar mil pesitos, pero para mí significaba menos saliditas a chelear y quizás abandonar la suscripción de Netflix. No fue suficiente: en marzo, don

Pedro me subió otros quinientos. Yo tenía de dos: mudarme, descaradamente lejos, o pagar esos quinientos. En resumen, sacando cuentas, me resultaba lo mismo el aumento arrendatario a lo que representaría el precio del transporte público de un lado al otro de la ciudad (sin contar las largas filas de espera). Bueno, tome usted, ahí va el billete de Benito Juárez agregado, pero habrá que restar la visita al psicólogo y mi limpieza dental.

Yo no sé si fueron las horas de abandono a las que lo sometí, mi falta de tacto o el ruido de las construcciones cercanas lo que aumentó su odio visceral. En mayo comenzaron sus triquiñuelas. Atascaba la puerta del baño y a veces la de salida, como diciéndome "cabrón, tú no te vas de aquí". Y claro que no me quedaba con las ganas y lo insultaba hasta que la saliva ya no me era suficiente.

Luego siguieron las goteras, que aparecieron de pronto. La primera vez me despertaron al mojarme los testículos. El desgraciado me estaba pateando las bolas de algún modo, escupiéndome con furia. Comenzamos entonces un juego vulgar. Yo parchaba y él abría dos goteras extra. Cuando noté su artimaña, procedí a quemarle pedacitos discretos de su ser: inicié con un trozo de la meseta, luego unos cuadros del azulejo y, finalmente, la parte superior de una ventana.

Pareció haberse calmado, pero en realidad estaba planeando con cautela su venganza. El sábado, cuando ya nadie me invitó a beber (porque no me alcanzaba para más de un trago), me acosté a

dormir desde las ocho. En mi letargo, puedo jurar que lo escuché reír. Logró emitir el sonido de una carcajada a través de las tuberías. Antes de la media noche desperté por un pequeño temblor. "¿Qué haces, cabrón?", le reclamé. Hubo un silencio total y, entonces, me propuse observarlo.

Pensé detenidamente si nuestra pelea era justa; si realmente no había sido yo el causante de su recelo. ¿Acaso no era él también un ente que solo quería cumplir sus anhelos de resguardo? No es él quien se pone precio... ¡Justo como yo!, que todavía no percibo las ganancias por vender mi fuerza laboral, tal como me lo prometió el sistema educativo. Hasta cierto punto, lo amé con brevedad: mi casa, mi choza, mi pequeño estudio... ¡Tras! Entonces lo noté: de la cama al fregadero antes había al menos ciento ochenta centímetros. Ahora eran, cuando mucho, cien. El bastardo, ingrato e infeliz, se reducía para joderme más. "¡Hasta aquí llegamos, pendejo, ya no te soporto!", le grité mientras buscaba mis chanclas. ¿Qué planeaba? ¿Aplastarme?

Grité por ayuda, solo para que él reventara la tubería de la cocineta, disparándola hasta mi boca. Enfurecí de manera incontrolable. Saqué de la caja de herramientas mi martillo y le di fuerte, sosteniendo con ambas manos mi arsenal de revancha. ¡Pum! ¡Zas! ¡Crash! Destruí, preso del hastío, la breve alacena y los bordes del fregadero. Otro temblor aconteció. No era posible, se seguía reduciendo. Me quería encerrar, enjaularme para siempre...

Un salto me bastó para llegar a la puerta. El maldito la había atascado. Ya no sentí más enojo, sino una tristeza arrolladora.

—¡Dime, de verdad, dime qué quieres! Ya te di mi sueldo, mi esperanza... ya no te puedo dar más —sollocé, clamando piedad.

No le importó. De inmediato, después de mi súplica, a partir de un hueco que hice en la pared, la tubería rota que se asomaba se arrojó hacia mi pierna. En un acto de rabia brutal, el estudio terminó por absorberme.

Con el metal roído y oxidado me mordió hasta abrir la piel. Lo sentí unirse, violentamente, penetrar hasta conectarse con mis nervios. El dolor me entumió, nubló mis ojos, mi respiración; solo el desmayo brindó tregua. Fue la alarma de las 7 a. m. la que me despertó. Pensé momentáneamente que todo fue producto de una pesadilla; la alucinación de un agotar anímico, típico de la joven adultez, donde las cuatro paredes resultan una estafa ante las promesas que le he incumplido al niño que fui. Donde no bastó la licenciatura ni la maestría, o el sueldo por encima del mínimo de la ley. Ahí estábamos los dos, maltrechos, indignos...

El celular sonó de pronto: era mi jefe.

—Acuérdate de que hoy entramos a las ocho y, por cierto, ayer me quedé esperando tu reporte —me recordó con un tono pasivo-agresivo y detestable.

—No podré ir, jefe, desperté literalmente unido a mi casa —respondí, dudando de mis palabras.

—No me digas mamadas, Juan José. Mándame cuando menos el chingado reporte.

Lo obedecí. Desde el teléfono le envíe el documento. No importaba que no me creyera, en algún momento alguien tendría que atestiguar esta cosa maligna. Intenté desprenderme con recelo de la tubería, pero era desgarrador, insoportable. Tomé mi teléfono, aunque no sabía a quién pedir auxilio. ¿Los bomberos? ¿La policía? ¿Un sacerdote? Miré la fecha, día veinticinco del mes: pago de la renta. Bueno, la respuesta ahí estaba. Marqué al desatendido de mi casero. No le gustó que lo despertara temprano, pero mi evidente desesperación lo asustó. Llegó media hora después.

—¡No mames! ¿Qué le hiciste a mi departamento? ¿Estás de acuerdo con que este desmadre no lo cubre el depósito?

—No mame usted, vea lo que su estudio me hizo a mí. Espero que entienda que esto no amerita pago de renta.

Se acercó a examinar los hechos. Mi pierna comenzaba a tener un aspecto similar al de la tubería fúnebre. Insinué con alevosía una posible demanda. Él mantuvo la calma y me respondió "no te preocupes, yo le pongo solución".

Poco a poco las multitudes fueron llegando. La policía apareció primero para prohibir el paso a la escena del ¿crimen? Los médicos le procedieron. Venían de todos lados y hablaban un mosaico de idiomas. Mi caso, clínicamente, era un acontecimiento histórico, pero aún indescifrable para la ciencia. Antropólogos,

ingenieros, arquitectos, comunicólogos, *youtubers*, *tiktokers*... cada uno llegaba con propósitos diversos, pero siempre con el morbo exacerbado.

Tras unas semanas, mi trabajo notificó la liquidación, pero ya no me preocupaba el ingreso. Había firmado contratos con varias instituciones universitarias, oficios en los que autorizaba el uso de mi casa siamés para fines académicos. Las redes sociales eran otra buena fuente de ingresos maravillosa. La gente adoraba las crónicas de "El morro con la casa atorada".

En las noches, a veces, trataba de conversar con el estudio, disculparme, pero se quedaba estático, silencioso. Parecía haber cumplido una misión kamikaze. Entre nuestra abrumadora soledad, supuse que, finalmente, su acto había sido más bien heroico, de un arrebato de amor shakesperiano. Pedí a mi casero que arreglara los destrozos que ocasioné el día del altercado. Al principio se rehusó, pero llegamos a la conclusión de que el verdadero atractivo era yo; nuestra unión, mejor dicho. Abundaban estudios en condiciones de infraestructura similares. Era mi forma de disculparme, de agradecerle o, tal vez, de pedirle que me dejara libre.

Ayer por la tarde fue cuando más reflexioné sobre lo que nos había pasado. El casero llegó con un par de hombres en guayabera. Eran de la Secretaría de Turismo y del INAH. Tenían la jugosa idea de convertirnos en un museo. Mientras los médicos resolvían cómo separarme del estudio, el Estado y don Pedro

querían exhibir tal evento incomparable al mundo. La derrama económica no tendría precedentes en la ciudad, tal vez incluso en el país. El porcentaje de ganancias que ofrecían era tentador, pero a mí, más que eso, me interesaba mostrar de primera mano el testimonio de esta relación inverosímil, entre un hombre promedio y su departamento tipo estudio. Preguntaron quisquillosamente sobre mis condiciones para poder armar el contrato. Mis pautas eran simples: no permitiría visitantes menores de edad, la gente entraría en turnos de dos en dos, el museo abriría de las 10 a. m. hasta las 4 p. m. como máximo; aunque la más relevante, y lo acoté con fervor, era que no se le subiera el precio de la renta a mis vecinos.

Electricidad

MATEO PERAZA | *(Mérida, Yucatán, 1995). Soy periodista y narrador. He colaborado en medios impresos y digitales. Mis textos han ganado premios estatales y nacionales. Fui becario del PECDA en la especialidad en crónica (2023-2024) y seleccionado para cursar el taller sobre Periodismo de Investigación auspiciado por la Casa Estudio Cien Años de Soledad y la Fundación para las Letras Mexicanas. Mi trabajo se encuentra compilado en la antología* Crónica 5 *publicada por la UNAM.*

Vehículo ambicioso, última frontera entre lo material y lo intangible, mi cuerpo, esta carga impuesta por una voluntad microscópica, siempre ha sido mi mejor enemigo. Nos miramos en el espejo y sonreímos con malicia.

Las nubes negras avanzan hacia nuestra casa. Mamá fuma y dice:

—Se va a ir la luz, hijo. No puedo ir así.

Miro hacia afuera con exasperación. Mamá camina con dificultad, agarrándose de los muebles. Tiene las piernas hinchadas y los ojos de un tono amarillo que se acentúa con el paso de los días. "Ictericia", dijo el doctor de la farmacia.

—No podemos retrasarlo, ma. Si el hígado falla no hay vuelta atrás.

Mamá viste los pantalones de hombre que le presté porque los suyos ya no le quedan. Tiene las piernas infladas como globos rellenos de arena: mi dedo se hunde cuando las toco.

—Pero si salimos y se va la luz, no estaremos para reportarlo.

Luego de la jubilación, mamá pasa las horas frente a la computadora, bebe cerveza, fuma un cigarro tras otro y mira fragmentos de telebasura. Si no, investiga sobre tormentas, vaguadas o el curso de los huracanes en el Caribe. Es la persona que más amo en este mundo.

—Tienes que ceder un poco. Poner de tu parte. Esto es grave —digo.

Sus pupilas son un oasis en medio de una pecera viciada. Saca el humo por la nariz. Llora. El impacto de un rayo morado corta, por un momento, la electricidad de la casa.

—¿Ves? —dice—. ¿Y si sí se va?

***

Por las noches, con cautela, pego la oreja a la puerta y espero a que tosa. Eso me confirma que sigue viva. El miedo a la muerte ha comenzado a dominar mi vida. Afuera, las gotas caen como una amenaza.

***

Meses atrás mi hermana me llamó desconsolada. Papá había muerto por un infarto fulminante. Cuando entré a la casa que compartían, una casa que mamá financió pese a la separación y el enojo que tenía contra él por su violencia, lo encontré desnudo, con el rostro contra las losas del baño.

Aunque afuera alguien gritó "no lo toques porque pueden culparte", yo le eché el seguro a la puerta y me acerqué a su espalda buscando una exhalación.

—Pa, reacciona —dije, ignorando lo evidente.

Lo volteé: los ojos habían perdido su color, los labios estaban abiertos —como si hubiera muerto pidiendo ayuda— y la frente se le hundió por la caída. Lo abracé tomándolo de la nuca, una muestra de cariño que jamás tuvimos. Golpeé las paredes hasta levantarme la piel. Desde entonces sueño que me encierran con su cadáver y no puedo evitar pensar en cómo terminarán las personas que amo, en especial mamá.

***

La luz se va y viene. Lo que predomina en la oscuridad, además de la escasa iluminación que se filtra por el ventanal, es la brasa diminuta del cigarro de mamá. Se acostó en la hamaca para reducir el dolor y la hinchazón de las piernas. Según el médico, el líquido disminuye si las inclina.

—Vamos a quedarnos, hijo, por favor. Tengo miedo de salir.

***

Papá murió y mi hermana tuvo una regresión: durante las siguientes horas, cambió el apelativo "papá" por "papito", como le decía a los ocho años. Me lo gritó al oído mientras jalaba el cuello de mi playera y enterraba el rostro en mi hombro. Llamé a mamá.

—Necesito que vengas a contenerla. No puede dejar de temblar. Se tiró al suelo.

—¿Qué voy a hacer ahí, hijo? Me voy a quebrar si veo a tu papá. Mejor te espero en la casa.

—Te necesito aquí. Es tu hija.

—De verdad, no podré soportarlo.

***

Si escribo, es por ella. Mamá fue bibliotecaria por cuarenta años y me ofreció mis primeras lecturas. Pero después de la jubilación,

deja cualquier libro que le presto a un lado de la computadora; los más delgados le sirven para abanicarse y usa los gruesos como base para el *mouse*.

Un rayo finalmente corta la electricidad.

—Ayúdame a levantarme —dice—. Tengo que ir a orinar.

—¿No traes pañal?

—Sí, pero prefiero no mancharlo.

Comparto todo con ella. Todo salvo el consumo de drogas y mi problema con el alcohol. Pese a ser la primera en leer los textos que escribo, nunca asiste a los eventos donde participo. No me duele. He aprendido cómo es, cómo son los límites entre el amor y la autonomía. Cuáles son, también, los límites que puedes ofrecerle a alguien para que cambie su vida, para evitar que se destruya.

Vuelve del baño y pide que la ayude a bajar las escaleras. Sentados en la mesa de la sala, noto que contrae el rostro cuando caen los rayos: se tapa los oídos y cierra los ojos, como una niña. A través de la ventana miro cómo el sol vespertino se sumerge como un pájaro llameante.

—¿Me puedes servir más chela? —pide y extiende una taza con el logo de la universidad donde trabajaba.

***

Recuerdo una madrugada. Estaba con unos amigos a punto de esnifar una raya cuando me llamó:

—Me caí en mi cuarto. Grité pero nadie me escucha. No puedo moverme.

Al llegar y verla sobre el suelo, con el cuerpo delgado y el pañal de adulto, tomé conciencia del tiempo que había pasado. Hubo una época en donde me recogía en la escuela. Si empezaba a llover, me quitaba los zapatos para que brincáramos sobre los charcos. Hubo una época en donde le temía a los rayos y mamá me consolaba.

A causa de la borrachera, me tomó un rato ponerla de pie. Dejó el peso completo de su cuerpo sobre mí, sin hacer ningún esfuerzo por erguirse. Nos tambaleamos en un baile ridículo.

***

Bebo con ella porque no podemos hacer nada más. La lluvia y el aire producen un ulular siniestro. Me sirvo muchos vasos sin que repare en la cantidad de cervezas que tomo de su dotación. En el fondo, tengo ganas de gritar.

—¿Te acuerdas de Memo? —pregunto.

—¿Cuál de todos?

—El del Vocho y la granja de codornices.

Memo tuvo un breve romance con mamá. Llegaba por la noche, bebían cerveza y él coronaba fumando mariguana (de hecho, la vendía). Ella le apodó Duende y él la llamaba Mariposa. Al principio, me costó aceptar la relación.

Tras varias visitas nos hicimos amigos. El balcón de mamá conecta con mi cuarto, y ahí me lo encontraba en bóxer y sin playera, fumando un porro que me pasaba por la ventana. Una vez me habló sobre una novia con enanismo. Memo estaba enamorado de ella por las posiciones que su cuerpo permitía. En especial, cuando viajaban en carretera, él le pedía que se acostara en el tablero del coche para acariciarla.

Mamá ríe al recordar la historia. Muestra los dientes y el humo sale, lento, de su garganta.

—Ese pinche Memo era recabrón. Andaba con un chingo de mujeres —dice.

—Su mota estaba mala. Y nunca trajo los huevos de codorniz que prometió.

Mamá se ríe de nuevo. Por un momento su risa es dura como antes. Una mujer que no necesita de nadie, cuya premisa de vida es "yo lo resuelvo". Atizado por el alcohol, me levanto, abro la puerta y el aire me golpea el rostro.

—¿Qué haces? —pregunta asustada.

—Me voy a bañar en la lluvia.

—No, hijo. Es peligroso por los rayos.

El agua está fría. Ni siquiera me quito los zapatos. La ropa pesa. Mamá aparece en la puerta con un cigarro en la boca. Se sostiene de la pared para no caerse.

—Ven —grito con la voz cortada por el aire.

—¡No! —contesta con la cabeza.

Me acerco y le digo:

—Nunca te he pedido nada. Nada, mamá. Báñate conmigo en la lluvia.

Se echa para atrás y cierra la puerta sin responder.

En ese momento, escudado bajo el agua, lloro. Siento que el mundo se cierra. No podré garantizar la felicidad de nadie a quien amo. Quisiera morderme la piel, arañar una pared, hacerme daño. Cambiar el fondo de mi tristeza.

La luz regresa y logro ver a mamá. Se quita los zapatos con parsimonia, usa un paraguas como bastón y se acerca sonriendo.

Sagitaria

INTI HERNÁNDEZ | *(Mérida, Yucatán, 2002). Voy para ser licenciado en Literatura Latinoamericana y del posgrado mejor no hablemos (todavía). Tengo una levísima y poco discreta obsesión con el arte contracultural, con énfasis en la narrativa (¡viva Kerouac!).*

Para mí, el cuerpo es un contenedor, un instrumento, y un claramente dibujado límite para el alma. Su barrera únicamente es atravesada por medio de lo que nutre lo intangible: el arte. Aquí el cuerpo cumple su función instrumental: las extremidades, la boca, los ojos y los dedos sirven para crear y consumir; solo así sentimos más allá de lo que nos permiten la piel y el corazón.

Esto se los cuento porque ya no queda nadie que lo haga. Me duele, pero ni modo, ya hay poco o nada que no me arda en el alma. A la Julia nunca nadie la miró con respeto, ni siquiera yo, tal vez. La miraban con morbo, como diciendo qué o quién es esa que tanto se atreve a perder la dignidad en razón de su santa rebelión. Cuando comenzó a dejarse el pelo largo, llamarse Julia en vez del arcángel más quemado, y pidió que la reconocieran como la nueva imagen de Dios hecha mujer, más de uno se tragó el chicle.

Ella se había descubierto desde chiquita, cuando todavía vivía en el rancho, pero nomás cuando cumplió la mayoría se atrevió a realizar el cambio. Se empezó a maquillar de a poquito, primero delineándose los ojos con los lápices de su madre, y ya después hasta usando base, polvo, rímel y demás cosméticos nombrados en gringo que yo nunca llegué a comprender. Pero se veía preciosa la morra, cosa de cinco cielos, como maná caído a la boca pero sin Dios que lo trajera: ella era su propio Dios.

De forma pasiva, su pelo iba creciendo junto con ella. Se presentó un día a sus papás con su melena digna de anuncio de perfume europeo, y la mamá, aunque escandalizada, no gritó, nomás suspiró como resignada, pero le dijo que estaba bien guapo (aun tratándole, le falló). El papá fue menos manso: andaba tomando la tercera del día, de lata, porque solo de esa tomaban en el rancho; la apretó como si le quisiera sacar el alma y la arrojó contra la pobre

Julia. Aquí no hacemos animaladas, ladró el macho, ándate a cortar esa chingadera, como militar te voy a dejar, inche shotito.

Pero a la Julia, ella siempre chingona (carajo, Julia), le importó tres cominos. Cambió los jeans por faldas que le quedaban de muerte, los zapatos por unas sandalias, y las camisetas las dejó igual, porque a ella le encantaban y se veían mamalonas con sus conjuntos. Me acuerdo mucho de cuando la vi por el barrio, llevando mallas de red, botas de tacón exagerado y con hebillas hasta la rótula, falda negra y playera de La Castañeda. Ella ni escuchaba a la banda, pero combinaba chingón. Y la pinche Julia, siempre preciosa en todos lados, me andaba guiñando los ojos cada que sentía mi mirada, casi curiosa, en sus manos y en sus labios, rojos como achiote.

Anduvimos juntos un ratito nomás. En Paraíso no hay mucho que hacer, si acaso ir al cine de vez en cuando o bajar a Puerto Ceiba a comer cangrejo. A veces nos escapábamos a Comalcalco, otras nos quedábamos pendejeando cerca de la prepa o por las calles del parque. Nunca nos veíamos en su casa porque a mí me mataban y a ella nomás la acercaban a la muerte. A veces comíamos nieves, a veces plátano frito, y a veces nada, porque comernos mutuamente no era opción.

Las veces en que le proponía formalizar una unión carnal, ella decía que no, que me esperara, y yo con todo me tragaba mi calor; pero me puse insistente porque, a esa edad y con esa ignorancia,

esa estupidez digna de los quince, no conoces más que el toque y el calor y el grito, y hubo un momento en que ella se hartó y me preguntó el porqué.

En ese momento, pensé que era pregunta trampa, un obstáculo falso que bien podría terminar con mi viaje nomás al dar un mal paso. Ella era muy inteligente para creerse esa madre de *para que nada separe nuestras almas más que piel*, y si le decía que por caliente, aunque fuera la verdad brutal, la neta me iba a dejar mal parado. Me decanté por la peor decisión y le dije que por pura curiosidad, para saber cómo se sentía con ella. Sin embargo, no dije eso. De la cloaca que tengo por hocico salió: "con alguien como tú". Ella se levantó y me miró con un brillo de pena ajena y enojo. "Parezco changa pero no soy", me dijo, emputadísima; "yo cojo como cualquiera, que te sirva eso de resultado final", y se viró y se fue.

Me quedé de ingrato, recriminándome mi chingadera por todo lo que me quedó de quinceañero. Ella ya no se quiso juntar conmigo, aunque aún me devolvía las miradas y los corteses buenos días que no sentía merecerme. Cuando cumplimos los dieciséis, empezó a andar con un chavo que nunca fue mi compa, pero a quien respetaba un chingo nomás por caballero. Se llamaba Arevalo, pero nadie le decía así: él era el Reva.

La Julia y el Reva eran como el mar y el sargazo: si mencionabas a uno, pensabas en el otro, y siempre andaban juntos aunque

no te lo esperaras. Iban de la mano, de los brazos y se me hace que hasta de los pelos, y nunca se pelearon, por todo lo que vi de ellos. La Julia sonreía como si le hubieran impedido sentir tristeza, y yo estaba feliz, pero se me bajaron las ganas de existir cuando vi que cometieron uno de los tantos rituales que no alcancé a culminar con ella: se besaban en la boca.

Por todo el tiempo que andamos, la Julia nunca me había besado. Quién sabe si se lo estaba guardando para quien la quisiera de a de veras (que yo la quise un chingo, pero sigo pensando que fui carente en todo lo bueno o adecuado), o nomás no sintió antojo de mí. Cuando les caché besándose, jueputa que me dolió, me partió recio, y ya no la quise ver nunca.

Y me parece que mi amargura infectó al mundo, porque al ratito todo se fue al carajo por cosas que no fueron elección de nadie, nomás del mal. El papá del Reva era chota, pero de aquellos que enorgullecerían a la Guardia Civil de los cuarenta: le cagaban los cabezas de olmeca, tentes en el aire, pinches lobos shotitos con patas de mula incestuosa, según sus palabras. Cuando se enteró que su hijo andaba con la Julia, la que se le subió y nunca se le bajó, carajo. Todavía resuenan los gritos por la Santos Degollado.

Total, que el jefe del Reva mandó buscar a la Julia a su casa, pero como ella ya casi no andaba por sus propios rumbos, no la encontraron ni dándole un cateo entero al pueblo, les digo que esa

morra era demasiado inteligente. Como no halló culpable, el señor agarró a su hijo y lo aventó a sus perros, uniformados igual que él, y les dijo que le quitaran lo shotito como se pudiera. Y cuando los esbirros lo oyeron así nombrado, sus almas ascendieron desde el séptimo círculo, aún oliendo a las aguas del Flegetonte, y le metieron tal madrina que ahí quedó el Reva, no se volvió a parar, y los ojos se le congelaron viendo siempre para adelante.

Lo aventaron en la plaza de la catedral del pueblo y lo disfrazaron de narco-vendetta, que eso ya cualquiera se lo cree estos días, pero la Julia sabía, porque era bien inteligente y estaba bien pinche enamorada. Se volvió una ermitaña, se encerró en su cuarto del rancho porque no le quedaba otro lugar, y fue sabia al esconder las llaves que abrían sus ventanas y sus puertas. La única vez que su papá intentó tirar la puerta a madrazos, el borrachín se hizo mierda la muñeca y el hombro, y ahí le paró. Nadie sabe qué hizo los días de su encierro, si lloró, gritó o berreó, pero la teoría colectiva es que nomás sufrió. Si en silencio o a voces, poco importaba.

Lo que sí se sabe, solo porque ahorita lo voy a contar, es lo que Julia hizo antes de su muerte. Era de noche cuando tocaron a mi ventana, abrí, y ahí estaba ella, esplendorosa y brillante de rabia, de decisión y rebelión, parecía encarnar el puño de Belona. Se metió sin pedir permiso, y se me confesó: no su amor, sino sus intenciones. “Voy a que me maten, mi chulo, nomás vine a decirte

que gracias, estabas bien pendejo pero me quisiste lindo, y fuiste el primero". En ningún momento dejó de sonreír.

Yo nunca me sentí merecedor de semejante aprecio. Nunca tuve su valor, su determinación ni su inteligencia para saber cómo vivir y no arrepentirse de los minutos malgastados; pero escuché sus palabras y me sentí feliz, puta madre, me sentí brillar y arder. Me concedió la piedad por la que rezaba todas las noches en que la quise, y me estampó un besazo en la boca. A pesar de que fue un momento que llevaba lunas y soles esperando, me sentí extraño, como defraudado. Fue como besar a cualquier otra niña, y se me hace que me vio la opinión en la cara, pero para ella mi decepción era confirmación: "¿Ya viste que soy como cualquier otra chava? Porque siempre lo fui, mi chulo, tú nomás pensabas que la vida diferencia pieles y cascarones". Se rio, pues qué inocente era yo queriendo ganarla cuando estaba en su llamarada de gloria, y luego se fue por donde vino.

Al día siguiente, todos vimos el video. La Julia se había chingado un caballo de su rancho y recuperó, quién sabe cómo carajos, el cuerpo encuerado del Reva. La filmación la mostraba cabalgando alrededor de la catedral de Paraíso, desnuda ella también salvo una gorra de la Policía Federal, arrastrando a su difunto por las calles todas jodidas por las llantas y las chanclas de caucho. El cadáver tenía pegado al pecho un cartel que decía "ME MATARON POR QUERER".

Ella iba montando su corcel como una pinche amazona, una nueva forma de entender la constelación y el cielo negro. La centaura en cuerpo de deidad dio varias vueltas alrededor de la plaza de la catedral, cargando su tristeza en las grupas, arrastrando el cuerpo de su siempreamado, su benemérito de los adioses, por las calles que pisaban sus indignos asesinos. Todo eso se vio en el video, y se escuchaba a los espectadores gritar chingaderas que no quiero repetir. Lo último que se ve es cómo un policía, sin avisar siquiera, le descerraja tres balazos en el torso. Se escuchan gritos, y la filmación se corta.

La sangre en el pavimento aún no se seca, y yo no dejo de llorar. Qué mierda, carajo, qué pinche desperdicio. A la Julia nunca le dieron oportunidad de ser ella: sus papás no la aceptaban, yo la herí sin querer (pero mi culpabilidad permanece), y cuando finalmente amó y fue amada bien, le quitaron la mitad que ella tanto adoraba.

Pero ella se alzó como la guerrera del arco y la flecha, apuntando a todos los hijueputas que se iban metiendo en la reyerta sin que se les llamara, a esos que señalan y no ven que les sale mierda de la boca. Y nomás por eso, me la mataron. Nos la mataron. Pero sé que ella no va a ser la única, hay otros que buscan alzarse, gente como ella, que nace en un cuerpo que no les cabe, y cuando lo cambian, sus allegados intentan forzarlos dentro del molde que

hace mucho rompieron, y los vamos a defender, nos vamos a alzar con ellos, chingado.

La Julia, ahora, es solo una constelación entre las tantas que habitan el mar celestial que nos flota muy por arriba de los sueños. Mi Sagitaria, mi santa guerrera, punta de flecha y rompefilas del ejército del rechazo. Te adoro, mi chula, te adoro un chingo. Síguele apuntando al sol, a ver si hace algo más que brillar, el cabrón. Tú brillas más que él, siempre lo hiciste, siempre.

No nos cabe el cuerpo, colección de relatos ganadores del Concurso de Cuento Corto Sempere 2023, se terminó de imprimir en junio de 2024 en los talleres de Impresos Sandoval, ubicados en Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. Para la composición del libro se empleó la familia tipográfica Junicode. El tiraje fue de 150 ejemplares sobre papel bond cultural de 90 gramos.